

Miguel Ángel Campodónico



El necesario espíritu crítico

Miguel Ángel Campodónico es narrador y periodista, su obra abarca la literatura de no ficción, la novela, el cuento, y producciones vinculadas con variadas actividades periodísticas. En el primero de los géneros mencionados fue el pionero en publicar un libro sobre José Mujica, cuando el actual Presidente de la República había sido elegido diputado por el FA. Su investigación sobre el pasado reciente continúa con dos libros de personajes ubicados en los extremos del espectro político, como Rosencof («Las vidas de Rosencof») y Juan María Bordaberry («Antes del Silencio»). Pasa luego a ocuparse de personalidades que por distintos

motivos han llamado la atención de la opinión pública, tales como Villanueva Saravia, Julio César Sánchez Padilla, Carlos Páez Vilaró (hijo), Clarel Neme.

Desde sus comienzos en la actividad creativa fue incursionando en la novela y el cuento («Donde llegue el Río Pardo», «Descubrimiento del Cielo», «La Rebelión de los sordos», «Invención del pasado», «La piscina alfombrada», e «Instrucciones para vivir»). Ha obtenido diversas distinciones como el Primer Premio Municipal de Narrativa (1990), el Premio Fraternidad de B'nai B'rith (1986) y fue invitado a la Maison des écrivains étrangers et des traducteurs de Saint-Nazaire. También acometió la fatigosa tarea de hacer un relevamiento de todos los protagonistas del hacer cultural con dos ediciones: «Uruguayos por su nombre: Sepa quién es quién» y «Diccionario de la cultura uruguaya».

Esta extensa y variada trayectoria hace a un conocedor de las problemáticas que enfrenta la cultura nacional en el presente, situación que amerita reflexiones que abordan el papel del Estado, pasando por la postura que deberían tener los intelectuales en esta coyuntura.

Gerardo Mantero - Luis Vidal Giorgi

-Tenés una larga trayectoria en la llamada literatura de no ficción.

-En los últimos diez años.

-Comenzaste una serie con «Sin límites», sobre la vida de Villanueva Saravia, seguido de «Éxito de la desmesura», sobre la vida de Sánchez Padilla...

-No, enseguida vino el de Mujica.

-En 1998, Mujica era senador.

-Diputado, era el primer tupa que entraba al Parlamento.

-Después seguís con personajes tan disímiles entre sí como Rosencof o Bordaberry. ¿Cómo encarás este tipo de literatura y qué te dejó cada uno de estos personajes?

-Además está el libro sobre Carlitos Páez y La tragedia de los Andes. A mí la no ficción me atrajo siempre. Para citar un ejemplo, el más grande que se me ocurre en este momento es el de Capote con «A sangre fría», que para mí es una novela extraordinaria a partir de un hecho real. No sólo me interesa mostrar a gente, sus actitudes, su pasado, por qué están en el lugar que están... sino que, al mismo tiempo, me permite hacer literatura, una cosa que para mí era un poco difícil de comprobar a pesar de que había leído a Capote, pero que comprobé totalmente escribiendo, especialmente, el libro de Rosencof y el de Bordaberry. En ellos hice mucha literatura, lo que no quiere decir que yo no haya respetado los hechos tal cual sucedieron, pero me permití hacer ficción de alguna manera. Es muy curioso, la no ficción te permite la ficción. Claro que siempre estás limitado por el marco de hierro que es el tema. Es decir, si estoy hablando de Bordaberry, ése es el tema; si estoy hablando de Mujica, ése es el

tema. A diferencia de la novela, por ejemplo, que es la libertad total, dentro aun de este marco se puede uno mover con cierta facilidad como para hacer literatura.

-¿Cuál fue la impresión que tuviste con Bordaberry, que es un personaje poco entrevistado, poco querido, y tan significativo?

-Primero, habría que aclarar que ese libro no fue idea mía. Muchos de estos libros que mencionamos y algunos que no mencionamos fueron idea mía... El de Bordaberry fue una propuesta de la editorial que tomé con mucho temor, con mucho cuidado. Yo la pasé mal en la dictadura, estuve destituido, estuve cuatro días preso, pero al fin de cuentas fueron cuatro días. Y allá fui, pero acompañado primero por el editor, que fue quien consiguió la entrevista: le planteó el proyecto y Bordaberry, para mi gran asombro, aceptó en el mismo momento que se lo planteó. Es decir, lo agarramos en el momento justo, en el momento en que él quería hablar. A partir de ahí fueron muchas y muy largas entrevistas mensuales, durante varios meses... Lo que me queda a mí como positivo son dos cosas: primero, que dejó fijado para siempre, históricamente, su pensamiento, porque no se arrepintió de nada y, además, porque lo consolidó. Dice cosas como que «los grandes males de la humanidad comenzaron con la revolución francesa», eso quedó escrito. Tanto es así que cuando se le inició el último juicio la jueza utilizó fragmentos del libro para la sentencia. Y la otra gran sorpresa para mí es que no es un burro. Yo pensaba que era un burro, iletrado... me llevé la sorpresa de que el tipo leía mucho, sobre todo de religiones, masonería -por supuesto, contra la masonería-, historia... ha leído mucho. Ésa fue la otra gran sorpresa, y después, ya te digo, la enorme necesidad que él tenía de hablar. Pero el gran resultado para mí es que se trata de un libro que documentó para siempre la mirada del pensamiento político, religioso, filosófico de Bordaberry. Yo sé que hubo gente a quien no le gustó que yo me ocupara de Bordaberry. Pero, sin embargo, al mismo tiempo, hubo reseñas críticas y lugares en los que se entendió bien para qué estaba hecho el libro.

-¿Él se quería justificar o simplemente explicar su postura? ¿Estaba convencido de lo que había hecho?

-Absolutamente. Es lo que te digo. Ese libro es de 2003, cuando se cumplían 30 años del golpe. La idea del editor era que en 2003 estuviera en la librería. Y así fue... O sea que a los treinta años del golpe no sólo él no se excusó, no se justificó con pretextos, sino que afirmó, reafirmó todo lo que había dicho. Todo, absolutamente todo.

-Hablemos de otro de los protagonistas del pasado reciente: Rosencof.

-El libro de Rosencof fue, de estos libros de no ficción, el que más trabajo me dio, aun más que el de Bordaberry. Éste me dio mucho trabajo por otras razones: por el tema, por lo peligroso, en fin, por una cantidad de cosas casi extra literarias. El de Rosencof me llevó mucho tiempo, me exigió mucha literatura... Por algo el libro se llama «Las vidas de Rosencof», es decir, comparada con la de Mujica, Rosencof tiene una vida muchísimo más rica en el sentido de variada, diversa. La de Mujica es mucho más cuadrada, en el sentido que hizo tal cosa y tal otra, y punto. En el caso de Rosencof había que abarcar el aspecto literario propiamente dicho, la dramaturgia teatral, su actividad en el partido comunista, su actividad como tupamaro, su condición de rehén, su condición de enamoradizo, sus múltiples mujeres, su condición de judío, el origen de su familia, el padre sastre y la pobreza de aquel grupo familiar en el que él se crió, etcétera. La vida de Rosencof es impresionante, y realmente me causó mucho trabajo, además, -y él sabe que es así- porque él es muy insistente en pedir ciertas cosas. Después quedó muy contento, tanto que fue reeditado el libro por Alfaguara, pero es difícil. Me pidió hacer una nueva versión de su biografía este año y yo le dije que vamos a esperar, que quizá el año que viene... La verdad es que yo no noto que haya hechos que justifiquen un nuevo libro... Habrá estrenado alguna obra más, fue director de Cultura de la Intendencia, pero no justifica un nuevo libro.

-A Mujica ¿lo fuiste a buscar motivado por ser una figura que irrumpía en el espectro político con características inéditas hasta el momento?

-Mujica no era todavía lo que es. Evidentemente, a mí me llamó mucho la atención sus aspectos diferentes, su manera de hablar, su forma de vestir. Se lo planteé al editor y me dijo que sí, pero era imposible convencer a Mujica, me decía que no, que de ninguna manera aceptaba. Me acuerdo que me iba de viaje y le dije por última vez: Bueno, yo te llamo cuando

vuelva del viaje y me dirás finalmente si lo hacemos o no porque, la verdad, que si no querés, punto. Cuando volví, lo llamé y no lo podía encontrar. Lo comenté con el editor y me dijo «intentalo, por favor, por última vez». Y lo hice por última vez, y cuando lo hice, sin ninguna explicación, como tampoco me había dado explicaciones para rechazarlo, me dijo: «Bueno, vamo... vamo' hacerlo».

- ¿Te fuiste a la chacra?

-No, no fui nunca a la chacra, siempre lo vi en el Palacio Legislativo. Es algo muy curioso; de la enorme mayoría de quienes entrevisté, yo desconozco dónde vive, o si sé dónde viven es porque está en la guía, nunca fui a su casa. De Rosencof sí, y de Bordaberry también. Pero de Mujica no, nunca fui a su casa, lo entrevisté en el palacio, en el viejo y en el nuevo edificio donde están los diputados...

-Tu libro sobre Mujica inauguró lo que luego fue una serie frondosa de ediciones sobre su vida y pensamiento.

-Fue el primero, es un best seller impresionante, se sigue vendiendo hoy, diez años después, lleva algo así como diecisiete o dieciocho ediciones, 21 o 22 mil ejemplares vendidos. Es una cosa increíble, a pesar de que -como vos decís- salieron después otros. Pero, quizás, el gran éxito o, no sé, la gran cosa que yo logré es que se trata de una verdadera biografía; los demás no son biografías, la enfocan desde puntos de vista particulares. Esta biografía es desde el día que nació hasta que terminé el libro. Ahí tenés la trayectoria de su vida.

-Cuando lo entrevistaste, ¿pensaste que iba a ser presidente?, ¿te imaginabas eso?

-No, no, peor que eso. Él me dijo que estaba a punto de abandonar la política. Yo lo dije públicamente, seguramente él se habrá enojado conmigo, yo lo lamento, pero está en el libro. Dice: «Yo estoy esperando que venga alguien más joven para que tome la bandera, yo me quiero ir de esto». Diez años después: Presidente de la República.

-¿Cómo se proyectaba él respecto a algunas de las ideas: a las alianzas políticas y al Uruguay? ¿Vos considerás que hubo una variación de ese pensamiento?

-No, me parece que no. Más allá de que yo lo considero un hombre muy contradictorio, creo que en el gran pensamiento respecto a la política y al Uruguay que me expresó hace diez, once años, él se ha mantenido fiel. No se ha mantenido fiel quizás en otras cosas más concretas. Tenía ya una postura bastante crítica, por ejemplo, respecto a lo que era el Parlamento en esa época en comparación con los parlamentos de otras épocas del país, mucho más cultos e ilustrados. Hablamos mucho del deterioro cultural de los parlamentarios, de los diputados y senadores, en comparación con épocas que él había vivido también. Pero no, no creo, «como digo una cosa, digo la otra»: no creo que él haya cambiado demasiado su mirada.

-Los otros personajes que abordaste, como Sánchez Padilla y Villanueva Saravia, son atractivos desde otro lugar, son altisonantes, pintorescos.

-A Villanueva no lo conocí, ya había muerto. No sé si ustedes se acuerdan cómo estaba el país de conmocionado. Le propuse la idea al editor, me dijo que sí y me fui a Melo como un escritor enviado por un editor, cosa rarísima en Uruguay. Me instalé allí e hice todos los reportajes que podía haber hecho. Él había muerto hacía cuatro o cinco días, nada más. Agarré todo el asunto en caliente. Iba con bastante temor porque se decían cantidad de cosas disparatadas acá en Montevideo, cosas que no existían. Poco menos se pintaba un pueblito del Far West en que andaban todos a los balazos... No fue así y pude redondear, me parece, una silueta de Villanueva Saravia que a mí me interesó muchísimo. Poco tiempo después Taco Larreta hizo un libro. Yo entrevisté -por ejemplo- al abuelo materno de Villanueva Saravia, quien después me contaron que tenía una rabia impresionante contra mí, porque él pensó que yo iba a hacer un libro que iba a ser una apología del nieto. Es muy curioso lo que me pasó en aquel momento, porque la cosa estaba muy dividida entre quienes lo conocían desde siempre, desde quienes lo habían visto nacer, a quienes lo conocían desde su actividad política, eran dos cosas diferentes. Yo no lo dije en el libro, pero quienes lo conocieron desde siempre estaban de acuerdo en que se había suicidado. Los otros, los de la política, los amigos de grupo, los que habían llegado a él posteriormente, a esa etapa previa de la juventud, sostenían que lo habían asesinado. Yo no tomé partido, tengo mi opinión desde aquel momento pero no vale la pena que la diga. La

verdad, era muy claro quiénes estaban en una posición y en otra, por razones diferentes. Y lo que también estaba claro es que los tipos habían invadido la vida social y cultural de Cerro Largo de un modo impresionante. Había anécdotas realmente que lo pintaban como un típico político tradicional uruguayo. Por ejemplo, lo que me llamó la atención el primer día que llegué fue que, frente a la Intendencia, en el centro de Melo, había un enorme bache. Lo comenté al día siguiente y me dijeron «pero claro, él no lo quiso tapar ese bache nunca. Porque él iba a los barrios marginales de Melo diciendo: ahí están los pitucos del centro pidiéndome que arregle la calle, pero yo no soy intendente para hacer lo que me piden los pitucos». Iba a ver a esos pobres de los barrios marginales con su mejor auto, no lo ocultaba, al contrario. Alguien decía que muy probablemente eso sirviera como estímulo para los habitantes de esos barrios para tratar de emularlo y de llegar algún día a ser lo que él era, porque él era un tipo tan simple y había logrado aquella posición... Fue un tipo realmente muy particular.

-¿Y Sánchez Padilla...?

-El amigo Sánchez Padilla es un personaje. A mí me impactó desde los primeros tiempos de su programa de televisión.

-Es un histrión...

-Exacto, hay gente de teatro -por ejemplo Restuccia y no me acuerdo quién más- que me dijo que quería hacer teatro con él, que lo querían poner como un personaje de sí mismo. Si vos pensás lo que es -está ahora un poco en decadencia, es verdad- el programa de televisión, es donde no pasan goles, no pasan escenas de los partidos, no pasan un reportaje. Son los tipos sentados alrededor de una mesa hablando todo el tiempo: una obra de teatro, cada personaje con su característica y él, el director, en el medio, pegando y gritando.

-La gente del básquetbol dice que fue un gran árbitro y un showman, a la vez.

-Impresionante. Yo hablé con jugadores de básquetbol de la época y todos están de acuerdo, absolutamente todos, en que fue el mejor juez de básquetbol que vieron en su vida. Porque era el tiempo en que cuando el juez cobraba una falta, estaba a dos milímetros del jugador. Tenía una capacidad impresionante para seguir la jugada de al lado, pero además lo hacía teatralmente. Se hincaba en el piso y le marcaba la falta, un actor total, director de teatro. Realmente es un personaje teatral. Además su vida es muy interesante... comerciante o empresario, político, periodista deportivo, hombre de mucho dinero. Su gran frustración fue no haber sido intendente de Canelones.

-Otra de las vertientes en que has trabajado tiene que ver con ese relevamiento que hiciste con dos ediciones sobre las personalidades de la cultura uruguayo. La primera fue «Uruguayos por su nombre»...

-...después se llamó «Diccionario de la cultura». Primero es «Uruguayos por su nombre», con Fin de Siglo. Cuando va a salir «Diccionario de la cultura» y lo va a sacar Fin de Siglo es cuando tengo un problema con el editor. Me voy con el original debajo del brazo y lo publica Linardi y Risso, y después la misma editora publicó una nueva edición ampliada y actualizada que es la última. Sí, fue un trabajo espantoso. Un trabajo que nunca más haría en mi vida, ni que me pagaran... No sé, me tendrían que pagar una cifra muy importante. Hay que pensar en la cantidad de gente que es necesario ubicar, que no solamente está en el Uruguay, porque uruguayos importantes o que merecen estar en el Diccionario hay en todas partes. Hay que empezar por conseguir el teléfono o el fax o el correo electrónico. Toda persona es un problema, aunque esté en Montevideo, porque además también hay mucha negligencia en la gente, entonces te dice «te lo mando mañana», «no, yo paso por tu casa», «no, no, mejor yo te lo mando el jueves»... y te lleva de repente un mes recoger diez líneas de una persona. Es necesario trabajar en grupo para esto, hay que tener un equipo, yo estaba solo. Me acompañó en la última parte Macarena Montañés, que me aportó unos cuantos datos y nombres, porque además me tengo que asesorar, yo no soy un especialista en cada una de las áreas. Y lo que te queda siempre como gran frustración es que viene alguien y te dice: ¡pero no está Fulano! Y viene el otro y te dice: ¡y está Mengano! Hubo ya gente que me dijo eso y le respondí: ¿por qué primero no me decís «qué trabajo que hiciste» y después vemos si falta gente importante o sobra alguna que no lo es? Pero el uruguayo tiene esa cosa, lo primero es la crítica. Hay como mil entradas, yo hice lo mejor que pude la cosa... si tuviera que hacerlo, ya te digo, no lo

vuelvo a hacer.

-También condujiste el programa «Más allá de las cosas» en radio y televisión.

-Ésa fue una idea de Pincho Casanova...

-Esa experiencia de relevar el pensamiento de muchos protagonistas de la cultura, aunado a tus trabajos anteriores, te hace un conocedor de primera línea de las problemáticas que enfrenta la cultura.

-Esa idea de Pincho fue muy buena, lástima que el Canal 5 no quiso seguir adelante con ella, terminó en radio, la del Sodre, pero radio. Era una idea muy interesante, realmente. Fue una de las cosas, además, que yo nunca había hecho en mi vida: coordinar un programa de televisión como moderador y, bueno, a casi toda la gente la conocía, porque es lo que tiene el Uruguay, nos conocemos todos. Pero es distinto en ese tipo de discusión, o de debate o de exposición de ideas, para tratar de aclarar cuál es la postura de cada uno frente al hecho cultural. Realmente me interesó muchísimo, luego el material se editó en un libro con todos los programas de radio y televisión. También es verdad que si uno lo relee se da cuenta que no sirvió para mucho...

-Pero ¿tú considerarás que no hay como un ambiente propicio para esos debates?

-Para nada, no lo hay. Al contrario, te diría, más bien, que hoy se le da la espalda a ese tipo de cosas, no interesa.

-¿Es un problema de los propios involucrados o es un problema de cierto letargo con respecto al pensamiento?, ¿o de los estamentos políticos que tienen que tomar decisiones para generar espacios donde justamente se puedan dar esas otras expresiones?

-Es que yo creo, justamente, que la cosa viene desde el lugar donde se toman las decisiones de política cultural. No tengo la menor duda de eso. No sé cómo explicarlo, porque ya lo he dicho mil veces, hay una especie de bobera intelectual respecto a lo que se llama los estudios culturales y todo ese tipo de cosa; yo lo traduzco en una frase muy simple: «Vale todo». Y dentro de ese vale todo, curiosamente, parecería que hay algunas cosas que valen menos, y es lo que se llama la alta cultura, o la cultura que se opone, para mí equivocadamente, a la cultura popular. Está muy bien, me parece a mí, que se le dé un lugar, y un importante lugar, a la cultura popular; pero eso no quiere decir que la otra cultura no deba ser atendida. Yo te pongo un ejemplo último, porque es un ejemplo de diciembre. Se hizo un congreso hace veinte días, acá, de la organización mundial de sanidad animal. Vino el director general, que es francés, vino un representante del Banco Mundial, que es el que financia los proyectos de sanidad animal, y treinta y pico de delegaciones de toda América. Se reunieron acá, en Montevideo, y el Estado uruguayo les ofreció una recepción en el Solís con un concierto. Allá fueron todas las delegaciones, incluido el francés director de la sanidad animal mundial, el del Banco Mundial, las treinta y pico de delegaciones americanas. ¿Sabés cuál fue el programa? Tango, candombe y murga. Yo me pregunto, ¿no se podría haber pensado en una primera parte de tango, candombe y murga; una segunda parte con «La isla de los ceibos» de Fabini y una sonata de Tosar? Yo creo, más aun, estoy absolutamente seguro, que es la idea del director de cultura, de Hugo Achugar, a quien conozco bien y que estuvo invitado en ese programa que tú mencionabas -«Más allá del estado de las cosas»- y expuso sus ideas. Yo no estoy de acuerdo con él para nada. Hoy en día lo mismo es una obra de Tosar o de Fabini que lo que canta, por nombrar un ejemplo, Agarrate Catalina. Y yo no digo que sean mejores o peores, digo que las dos formas merecen igual atención. No digo otra cosa. ¿Por qué no darle a la gente algo de lo que no tiene todos los días? Esto otro lo tiene todos los días, y ¿por qué no tratar de cultivarle el gusto o digamos, por lo menos, entérense que además hay esto otro, quizá pueda interesarle? ¿Por qué no le damos eso? No sé. Pero cuando se ponen a enseñar la cumbia villera en la Dirección de Cultura a mí me parece que ya se les fue la mano. Tenemos una dirección de Cultura que gasta tiempo y esfuerzo, espacio y luces, y yo qué sé más, en eso, pero no he visto que hiciera cosas de la «otra» cultura de esa manera, que le dedicara tanto espacio. Insisto, yo quiero creer que eso es lo que él piensa, quiero creer que tiene que ver también con cosas que pasan en otras partes del mundo, en Estados Unidos; pero él es un académico, no es un hombre que venga con 4º año de liceo... Ahora estas posturas están de moda.

-En definitiva, la pregunta es si hay una política referida a la marginalidad y la cultura, a las fragmentaciones sociales y la cultura... ¿Existe algún proyecto real?

-No lo sé. Yo no puedo contestar lo que no sé. No tengo la menor idea. Yo no sé hasta qué punto, digamos, el Ministerio de Educación y Cultura planifica la línea cultural o le viene de alguna manera indicada, sugerida de otro lado. De repente están siguiendo una línea que viene marcada desde la Presidencia, o del Frente Amplio, no lo sé. Me parece que existe una visión empobrece-dora. Contrariamente a lo que sostienen, «vamos a enriquecer, todo está bien, todo es cultura», me parece justamente al revés, que se empobrece, que se limita la capacidad de la gente para entender, para conocer, para disfrutar.

-O tal vez, a falta de proyecto, lo que empieza a primar son las visiones personales de los que administran.

-Es muy interesante lo que decís. Porque en el programa «Más allá del estado de las cosas» estuvo Soffi Richiero, que es la encargada de las páginas culturales de Brecha, y en ese programa ella habló de la visión que daba a las páginas culturales del semanario. Ella dijo que apoyaba mucho las formas populares de la cultura, en especial el Carnaval, porque a ella le interesaba mucho. Entonces yo le pregunté: «¿Quiere decir que si tú te fueras, dejaras de dirigir las páginas culturales de Brecha, y viniera otro, las páginas culturales de Brecha tendrían otro enfoque?» Y me dijo: «¡Ah, sí! Muy probablemente». Así que estamos siempre en lo mismo, todo depende de quién esté al frente de algo, es una cosa personal.

-Conceptualmente ¿qué priorizarías?, ¿que idea-fuerza apoyarías en el escenario de las políticas culturales?

-Yo creo que, simplemente, hay que poner sobre la mesa todo y darle a la gente la posibilidad de que pueda conocer ese todo. Pero para eso hay que educar a la gente. Después, cuando la gente llegue y vea todo arriba de la mesa, tendrá la educación en sus espaldas, podrá decidir qué es lo que toma, será una decisión personal. Pero no me gusta que le impongan esa decisión, a mí no me gustan las decisiones que vienen impuestas. Acá parece que permanentemente se está imponiendo desde arriba. La gente casi que no tiene libertad para elegir.

-Ése no es problema sólo del Estado; de alguna manera, por acción o por omisión, la responsabilidad es compartida.

-De todos. Es lo que está pasando ahora con el ballet del Sodre. Estoy haciendo justamente un trabajo que tiene que ver con anécdotas y hechos de la historia del Sodre. El ballet del Sodre tiene 75 años. Un día escucho de Butazzoni, hablando del ballet del Sodre, que éste es sietemesino. Lo escuché y luego lo encontré en la Feria del Libro y le pregunté «¿de dónde sacaste eso?, el ballet del Sodre tiene 75 años...» Se olvidan, hay como una especie de cortina que de golpe baja y hace olvidar todo lo que Uruguay fue. ¿Por qué no podemos repetir? Bocca lo está haciendo ahora, está llevando el ballet al interior... parecen cosas novedosas pero en los años 40 se llenaban los teatros del interior, las calles, porque no había ni teatro. Eso se hizo hace muchos años en Uruguay. Esto también tiene que ver con lo habitual. Hay como una especie de «ahora estamos nosotros, ahora el Estado uruguayo está creando lo que nunca tuvo el país». Es mentira. El caso del ballet del Sodre es clarísimo. Ahora se asombran porque el ballet del Sodre lleva cantidad de gente, porque Bocca trae a invitados porque tiene muy buenas relaciones internacionales, etcétera. Pero eso ya sucedía. Acá bailaron las estrellas de París, los rusos, yo que sé qué más... Entonces, no olvidemos ese Uruguay, ¿no podemos tomar algo de aquel Uruguay? No estamos para empezar, estamos para continuar.

-Hablás de evitar la refundación permanente, cuando se pierde la importancia de la continuidad. También se cometen muchas injusticias con los creadores y trabajadores de la cultura.

-Llegué a hablar aquí con el maestro Giovanni, el músico uruguayo que estuvo viviendo en Venezuela muchos años, que ganó premios por todos lados. Finalmente volvió a Uruguay ya hace varios años. Para el Diccionario hablé con él y me dijo: «Mire, yo no escribo más música. ¿Para qué voy a escribir si en Uruguay no interpretan a los músicos uruguayos?» Eso es duro, realmente es duro. ¿Ustedes saben las horas que necesita un bailarín, una bailarina para salir al escenario? Es una dedicación, un sacrificio enorme y después, ¿para qué? Entonces, eso es lo

que me duele a mí de Uruguay. O lo que supone armar una obra de teatro, lo que suponen los ensayos, el costo, el sacrificio, el trabajo... Eso es lo que duele.

-El rol del intelectual también cambió a partir de esta complejidad contemporánea. Ya no existen los grandes relatos en donde recostarse, y el vértigo que imponen los medios de comunicación y las nuevas tendencias en la materia constriñen la producción de pensamiento.

-Creo que por lo menos al intelectual le queda una de las finalidades más importantes en cualquier hombre que se ocupe de algo con la cabeza, que es la crítica, el sentido crítico. No hay forma de ejercer una actividad intelectual sin el sentido crítico, pero profundo, duramente metido, cueste lo que cueste. Me parece que es la gran finalidad que le queda hoy al intelectual. Las polémicas se habrán terminado, porque Uruguay fue un país de grandes polémicas. Pero no vamos a mirar para atrás: el intelectual, esté donde esté, que tenga un sentido crítico grande y que hable con claridad, que exponga su pensamiento con claridad. Lo más probable es que hoy en día no contesten, hoy aparentemente no importa ese confrontamiento de ideas... lo cual es muy doloroso y peligroso.

-También tenés una extensa trayectoria en los formatos de novela y cuento, ¿por dónde van tus motivaciones actuales? ¿Trabajás a partir de un boceto previo?

-Yo no escribo bocetos. Justamente, lo contrario del ejemplo de Vargas Llosa. Recuerdo que lo escuché cuando estuvo acá. Estuve dos veces con él acá, en Montevideo, hace años, en la casa de Amanda y José Pedro Díaz. Recuerdo cómo relató un día de trabajo, era una cosa como de un empleado de oficina. La mañana, después el almuerzo, la siesta, la caminata, volver a trabajar, imponente. Y yo soy exactamente al revés, como tantos otros. Además yo parto de la pantalla en blanco, no sé para dónde voy... ¡La menor idea, che!

-Sí tenés temas, de repente.

-Idea, una idea gruesa. Por ejemplo, la última novela mía era un hombre que decía la verdad costara lo que costara, hablaba claro costara lo que costara. La novela, «La invención del pasado» que editó Planeta, era la decadencia de los hombres, de las mujeres, de las cosas. La decadencia, y después, no sé por dónde voy, te juro que no sé. Pero justamente para mí eso es mágico: cuando el escritor te dice que la escritura te va llevando, que los personajes aparecen y vos no los esperabas, y te toman de la mano y te llevan... yo lo he sentido así, he sentido que realmente soy uno que está observando el mundo que se está poniendo de pie frente a mí, sin que yo supiera que eso iba a pasar. Es extraordinario. En cambio, ya te digo, hay otros escritores, lo sé muy bien, que antes de empezar a escribir tienen todo un plan de la novela, sobre todo ese tipo de escritor que hace ficción pero con una historia concreta, verdadera, atrás, que tienen que ubicar la acción y a los personajes en un determinado hecho histórico; bueno, es lógico, por supuesto. Aunque tenga que hacer eso, alguna vez lo hice, eso después lo busco yo; pero si aparece algo que me exige a mí ubicar a la novela en una época determinada, ya veremos después cómo me arreglo, pero no lo pienso de antemano.

-O sea que la génesis son tus reflexiones.

-Pensamientos, ideas gruesas, muy gruesas.

- ¿En qué estás trabajando actualmente?

-Estoy trabajando en dos proyectos: el de las cartas de Benedetti a su hermano, y en otro, apoyado por los fondos concursables, de historias, anécdotas, vivencias, de Eduardo Casanova en el Sodre.